

CAPÍTULO II

EL CORAZÓN DE MARÍA CORAZÓN DE VIRGEN

Sumario: La virginidad según el espíritu evangélico. — El Corazón de María principio de pureza. — El Corazón virginal de María fuente de sus divinas ilustraciones. — El Corazón virginal de María principio de inteligencia para nosotros.

uenas halló el Señor todas las obras de sus divinas manos, y en ellas se complace; pero siendo, como es, purisimo espíritu, tiene principalmente sus delicias en las obras de la inteligencia y del amor. El corazón terreno no puede elevar por sí mismo sus afectos á lo alto, porque en la carne halla una nube impenetrable que los detiene y disipa, y una región sombría donde se pierden sus endebles rayos.

Desde que por el primer pecado la carne se rebeló contra el espíritu, nuestro corazón no refleja ya las suaves y harmoniosas luces de la inteligencia y del amor espiritual; no es ya en sus latidos el reverbero de los afectos del alma, ni el eco acompasado de sus

levantadas aspiraciones. Está, por lo contrario, inclinado á la tierra, de tierra se alimenta y tierra llega á ser. Corre desalado en pos de efímeros placeres y descuida los eternos, se abraza con lo sensible y rechaza lo espiritual, va tras las sombras y huye de la realidad. ¡Oh!¡ Cuán triste es la condición de nuestro corazón mortal!¡ Cuántas almas por ti se pierden!¡ Cuántas ruinas ocasionas!¡ Cuántas inteligencias por tí se extravían, y cuántos ingenios, que como águilas volaban por los más altos cielos, vienen á revolcarse en lodazales inmundos!...

¿ Qué es ahora el corazón del hombre? Cor machinans cogitationes pessimas lo definió el Sabio (1). Todos los pensamientos bajos, depravados y contra rios á la ley de Dios salen de nuestro corazón, que gravita sin cesar hacia la tierra. Desde el primer des concierto, allá en el paraíso terrenal, lucha incesantemente contra el espíritu, detiene su vuelo, ofusca sus resplandores y neutraliza la noble tendencia de nuestra alma hacia Dios. Esta lucha cruel es la que hacia exclamar al apóstol San Pablo, quien, á pesar de sus éxtasis, sentía en sí mismo las flaquezas de la carne: Quis me liberabit de corpore mortis hujus? ¿ Quién me librará de este cuerpo mortal y corruptible, que tan á riesgo pone la salvación de mi alma? Nuestro Señor Jesucristo, al reparar los desastrosos efectos del primer pecado, dejó, sin embargo, que continuara esta lucha, y no quiso reconstituir acá en la tierra aquella antigua harmonia entre el cuerpo y el espíritu, en virtud de la cual éste comunicaba á la carne sus luces, y el cuerpo á su vez contribuía á perfeccionar el entendimiento.

No es la ley nueva una ley de conciliación, sino de negación absoluta; nuestra alma no puede reconstruir el edificio espiritual si no es levantándolo sobre las ruinas del sentido. Por esto el estado de virginidad, que es la negación absoluta de los deleites de la carne, es mucho más perfecto, mucho más noble y levantado que el del matrimonio, que contemporiza en parte con las malas inclinaciones de nuestra naturaleza. La virginidad por medio de la abnegación, restituye al alma su antiguo señorio y libertad para volar á Dios, la hace más accesible á las cosas espirituales, á la inteligencia de las verdades divinas, á las comunicaciones angélicas y al purísimo y encendidísimo amor de los serafines. El corazón virginal infunde respeto y veneración, porque en él se ve una cosa sublime, en él se traslucen los resplandores del mundo sobrenatural y una fuerza superior que llena de pavor santo á la flaqueza humana.

Los pueblos paganos, no obstante su disolución, veneraban al reducido número de sus vestales ó virgenes sólo porque en ellas se traslucía algo que parecía sobrehumano, por más que en realidad estuviesen muy lejos aquellas doncellas de la virginal pureza que se requiere para alcanzar el perfecto señorío de las pasiones humanas y disponerse así á recibir las divinas influencias. Esto es obra de la gracia que nos

⁽¹⁾ Prov., VI, 18.

mereció nuestro divino Salvador; sólo entonces se vieron verdaderas vírgenes, vírgenes en el cuerpo y en el espíritu que, renunciando á todo lo de acá abajo, ponían todas sus delicias en un amor purísimo y enteramente espiritual al Cordero inmaculado y en la contemplación de sus divinas bellezas.

La Iglesia y el pueblo fiel han siempre venerado las virgenes cristianas, considerándolas como la porción escogida de Jesucristo, como su verjel terrestre y como ángeles humanos que hacen la corte acá en la tierra al soberano Rey de los cielos. La virginidad en el Cristianismo no es, no, como la representan algunos autores aun cristianos, la naturaleza inviolada todavía, pero con toda la fuerza v vigor de las pasiones; no es el corazón que aún no ama objeto determinado, pero del que se levantan violentas llamas que tienden á abrasar al primero que se les presente; la virginidad en el Cristianismo es el triunfo del espíritu sobre la carne, es el señorío del alma sobre todas sus pasiones y malas inclinaciones, es la espiritualización del hombre por la negación de todo gusto sensible aun lícito, por la abnegación y por la Cruz.

Aquellos que presentan la virginidad del primer modo, no ven en ella más que un nuevo estímulo de la concupiscencia; miran al cuerpo y no al espíritu. Por lo contrario, en el segundo aspecto, cuando hablamos de la virginidad, no vemos más que el espíritu libre de las ataduras de la carne; vemos una inteligencia que no empañan las sombras materiales, un amor es-

piritual y divino, que tiende á Dios como á natural centro de las almas; la carne es lo que se niega, es la víctima ofrecida á Dios en sacrificio.

Pero, ¿quién entre las puras criaturas pudo jamás gloriarse en este mundo de una virginidad perfecta? ¿Quién puede decir con seguridad y absolutamente: limpio está mi corazón? Quis potest dicere,—pregunta el Sabio,—mundum est cor meum (1)? Sólo el purísimo Corazón de María. Su virginidad es singularísima, ora como principio de pureza, ora como principio de inteligencia.



La obra de la redención, cuanto es más perfecta y manifiesta más la sabiduría de Dios que la obra de la creación, debía producir un efecto tan maravilloso, por lo menos, como el que causó ésta. Crió el Señor, allá en el paraíso terrenal, una virgen sin mancha, un corazón purísimo doblemente concertado con el espíritu, en cuanto que los afectos, las inclinaciones, y más aún el amor, en nada contrariaban á las tendencias del alma, ni impedían que su vuelo se remontara libremente hacia Dios por la contemplación más alta y por el amor más puro, y en cuanto que en él se reflejaban de una manera sensible los resplandores de la inteligencia y de la gracia, de modo que en los latidos, en las afecciones y en su mismo ser se traslucían las consonancias del orden inteligible y so-

⁽¹⁾ Prov., XX, 9.

134

brenatural, pudiendo el hombre, por aquella luz intelectual hecha sensible, columbrar la hermosura interior resplandeciente en la misma esencia del alma, que era el manantial de donde aquélla procedia.

Esta harmonía maravillosa entre la carne y el espiritu, fiel reflejo de la que reinará en los cuerpos de los bienaventurados después de la resurrección general, establecida en el corazón de la primera virgen por la mano creadora para ostentación de su infinito poder v sabiduría, debia revelarse más palpablemente en el Corazón de la segunda Virgen, como en el objeto á que debían aplicarse en toda la extensión, según que era dable recibir á pura criatura, los efectos maravillosos de la grande obra de la redención. Si ésta es, como lo enseña la fe, obra de más poder y sabiduría, obra infinitamente más fecunda en efectos que la obra de la creación, no podía dejar de producir un corazón virginal sin comparación más puro y más harmonizado en los afectos con las tendencias del espiritu, que el corazón de la primera Eva, concertado y arreglado en sus movimientos para dar á conocer la omnipotencia creadora. Y así fué, en efecto, porque el Corazón de María aventajó de varios modos en la pureza virginal al corazón de Eva, y ostentó en sí, como encarnado, el orden sobrenatural y el resplandor de la inteligencia.

Por dos lados puede considerarse la pureza virginal del corazón, en cuanto aparta y remueve de si todo lo que es pecado ó principio del mismo, y en cuanto más se acerca á la fuente de pureza, que es Dios,

transfigurándose y brillando con sus divinos ravos. Por lo que atañe á lo primero, así el corazón de Eva en el estado de justicia original, como el Corazón de la santísima Virgen, estuvieron libres de la más ligera mancha de pecado y de la concupiscencia ó fomes, principio del mismo; pero ¡cuán diferentemente! El Corazón de María, como vaso de oro finísimo, era impecable por gracia, y jamás podía perder la virginal entereza ni disminuirse un punto aquella harmoniosa relación entre él y su espíritu, entre su espíritu y Dios; mas el corazón de Eva, ¡bien lo sabemos por tristísima experiencia!, era pecable, podía ser destemplado y quebrarse como frágil vaso de cristal. ¡Cuánto más agradaria á Dios la pureza virginal del Corazón de Maria, contemplada en la divina mente como resplandeciente nube que de día en día, de momento en momento iría dilatándose y transformándose en los eternos resplandores del Sol de justicia, que la pureza del corazón de la infortunada Eva, hermoso, sí, pero como la tenue nubecilla que hieren los rayos del sol cuando está en el ocaso, y que, apenas se oculta éste, se ennegrece y sombría invade el horizonte, desatándose al fin en horrible tempestad! Aquella previsión de la futura caída, hablando humanamente, debía mezclar un sentimiento de tristeza á la dulzura y complacencia con que Dios contemplaba su presente hermosura. Por lo contrario, la contemplación de la virginal pureza del Corazón de Maria nada ofrecía de triste á los ojos divinos; ningún funesto presentimiento turbaba su soberana compla136

cencia; ningún ¡ay! desgarrador (el ¡ay! de la previsión de una gran desgracia) hacía lanzar al corazón compasivo de Dios; aquella pureza se presentaba á sus ojos previsores como una eterna sonrisa, como un encanto perpetuo y cada vez creciente, como el objeto codiciado, donde tendrian efecto cumplido y cabal las portentosas obras de la creación y las más costosas de su redención inefable.

¿Pues qué si consideramos la pureza por el lado más brillante en cuanto es una aproximación al manantial de la misma, Dios? Para ponderar en este sentido la resplandeciente pureza del Corazón de Maria no bastan, no, los endebles rayos del de la primitiva Eva; menester es subir hasta los coros angélicos y buscar entre aquellos tronos de luz y de hermosura algo que se le parezca, algo que no sea terreno: colores celestiales. ¿ Qué corazón, qué espíritu, aun entre los serafines, estuvo tan cercano á los resplandores de la Divinidad como el Corazón de María? ¿Quién como él pudo volar tan alto que se acercara hasta su mismo seno, hasta la impenetrable luz de la Esencia soberana, y con una gota de sangre recoger todos sus ravos y unirlos á ella con tan apretados é indisolubles lazos que aquella sangre llegara á ser Dios por la unión personal con el Verbo Eterno?

Jamás por inteligencia humana ó angélica será bastante comprendido aquel acto sublime por el cual el Corazón de la Virgen, destilando algunas gotas de sangre á impulsos de un acto ferventísimo de amor, alcanzó los últimos confines de la divinidad, ence-

rrando en su seno la Palabra Eterna. Verdad es que la carne es sombra respecto del espíritu; pero en aquel momento el Corazón sensible de Maria estuvo tan penetrado de Dios, resplandecía tanto con los divinos rayos que, aunque en naturaleza era inferior á los ángeles, brillaba inmensamente más que ellos con los resplandores de la gracia, de modo que en la pureza sobrenatural excedia, v en mucho, á la de los mismos ángeles, no de otra suerte que la carne purísima de nuestro divino Salvador, aunque inferior en naturaleza á los espíritus angélicos, los aventaja infinitamente por estar unida á la Divinidad y transfigurada con su hermosura.

Y en los nueve meses que el Sol de justicia estuvo encerrado en el virginal tálamo de esta Señora, ¡qué nuevo brillo añadiría á la pureza de su inmaculado Corazón, tan cercano al manantial de los divinos resplandores! ¡ Qué mutuas corrientes de amor y de gracia se establecerían entre este ardiente Corazón y el Verbo humanado! Aquél latiendo con afectos continuos y ferventísimos de amor que recrearían suavemente al Dios Niño, y éste derramando torrentes de gracia hacia aquel Corazón purísimo que tan grato aroma exhalaba sin cesar. Tan transparente, tan divino estaba el Corazón de María con los rayos de su benditísimo Hijo, que parecía brillar con el mismo candor de la Luz eterna, bien así como los tenues vaporcillos que hiere el sol en el ocaso parecen hermosos y resplandecientes como la misma luz del sol.

Otra cualidad singularísima tuvo la virginal pureza del Corazón de María. Ella, como lo enseña la fe, fué virgen antes del parto, en el parto y después del parto. Cuenta Pelbarto (1) á este propósito del santo Fray Gil, compañero de San Francisco, que teniendo revelación que un cierto doctor dudaba de esta prerrogativa de la Virgen, le salió al camino, y dando con el báculo un golpe en el suelo, dijo: Virgen antes del parto, y al punto nació allí de repente una hermosa azucena; y dando otro paso adelante, dió otro golpe en el suelo con el báculo, diciendo: Virgen en el parto, y salió luego otra azucena más hermosa que la primera; y dando otro paso, dijo: Virgen después del parto, y nació otra azucena aún más hermosa que la segunda; con el cual milagro quedó el doctor satisfecho de su duda y confirmado en la fe de este misterio. Hermosas eran las azucenas que coronaban el virginal Corazón de María antes de concebir á su divino Hijo, pero fueron incomparablemente más bellas después que el divino Verbo, dado á luz sin menoscabo de su entereza virginal, las blanqueó y hermoseó con sus divinos fulgores. Esta prerrogativa de Virgen Madre es propia y exclusiva de Maria. Por ella singularmente su virginidad ha sido madre de pureza en la Iglesia de Cristo, pues, como dijo graciosamente el P. Ráulica (2), esta virtud no germina sino en el suelo de la Iglesia y á la sombra de los lirios de María. Ella fué la primera que levantó el glorioso estandarte de la virginidad, llegando á ser su protectora, por lo que la Iglesia la aclama:

Praeclara custos virginum, Intacta Mater Numinis.

San Ambrosio, el más celoso apóstol de la virginidad, en el Tratado de las virgenes, dedicado también á las vírgenes, les habla así: "Tened delante de vosotras descrita como en una imagen la virginidad v vida de la bienaventurada Maria, en la que, como en un espejo, resplandece la hermosura de la castidad v el dechado de la virtud. Tomad de aquí el modelo para regular vuestra vida, pues los magisterios de bondad, expresados originalmente en ella, os enseñarán lo que conviene corregir, qué es lo que debe huirse y lo que se ha de temer. Lo primero que ha de procurar quien de veras y ardientemente desea aprender, es la nobleza y dignidad del magisterio. ¿ Pues qué cosa hay más noble que la Madre de Dios? ¿Qué cosa puede haber más resplandeciente que Aquella á quien escogió el mismo Resplandor?¿Quién más casto que Aquella que engendró un cuerpo sin corrupción ni mengua de la pureza virginal (1)?,

⁽¹⁾ Libro IV Stellarii, p. I, art. 3.º

⁽²⁾ Le delizie della pietà, parte prima, cap. XII.

^{(1) &}quot;Sit vobis tamquam in imagine descripta virginitas, vitaque B. Mariae, de qua, velut in speculo, refulget et species castitatis, et forma virtutis. Hinc sumatis licet exempla vivendi, ubi tamquam in exemplari magisteria expressa probitatis, quid corrigere, quid effugere, quid timere debeatis ostendunt. Primus dicendi ardor nobilitas est magisterii. Quid nobilius Dei Matre? Quid splendidius ea quam Splendor elegit? Quid castius ea, quae corpus sine corporis contagione generavit?...

Movidos y excitados por el bellísimo ejemplo del virginal Corazón de María, pueblos de virgenes, ya desde los primitivos tiempos del Cristianismo, abrazaron con ardor la santa virginidad, cumpliéndose lo que mucho antes había predicho el profeta David: que millares de virgenes, hechas todas hijas suyas, serían conducidas en pos de la Virgen Esposa á los pies del altisimo Rey de la gloria, y que alegres llegarían á ser el más bello ornamento de la Iglesia, que es el templo que Dios se construyó acá en la tierra. Adducentur Regi virgines post Eam: proximae ejus afferentur tibi, in laetitia et exultatione adducentur in templum Regis (1). A este Corazón purisimo acuden las almas castas que huyen del hedor de la carne á respirar la fragancia de los blanquísimos lirios que, como guirnalda, le rodean y coronan. A él también hemos de acudir nosotros en las tentaciones de la carne, diciéndole todos los días con San Bernardo:

> Virgo singularis Inter omnes mitis, Nos culpis solutos Mites fac et castos.

> > ***

Siendo el Corazón de María corazón de virgen, es también principio de una inteligencia más clara, lo cual acaece de dos maneras: la una en cuanto su alma candidísima, libre de los lazos y ataduras de la carne, volaba á Dios por contemplación muy subida, disponiéndose por medio de tan singular pureza á recibir las altísimas comunicaciones y los favores de su Amado; y la otra, en cuanto por el conocimiento de este Corazón purísimo, más que por el de ninguna otra criatura, podemos llegar á conocer á Dios y el orden sobrenatural tan altamente en él manifestado.

La materia es sombra, el entendimiento luz; por donde, aun naturalmente hablando, la castidad y la virginidad, que sujetan la carne al espíritu, las pasiones á la razón y que alejan del alma la miserable corrupción del cuerpo, son principio de más alta inteligencia, de una fuerza intelectual más intensa, más estable y menos dispuesta á errar. Si esto nos sucede aun á nosotros, miserables, que tenemos que luchar con la rebeldía de la parte inferior, con las sombras pavorosas de las pasiones, que tienden siempre á invadir el purisimo horizonte del alma, ¿cuánto más acaecería al Corazón inmaculado de la Virgen Madre, tan severo en las aficiones, tan regulado en los afectos, tan noble en las aspiraciones, tan rendido y sujeto á su benditísima alma, que, lejos de oponerse como funesta sombra á los resplandores de la inteligencia, los secundaba eficazmente, añadiéndoles fuerza con los calurosos rayos del más puro y encendido amor?

Porque el Corazón de María, libre de la concupiscencia, no estaba inclinado desordenadamente, como el nuestro, á las cosas terrenas y corruptibles de acá abajo, que enturbian la pureza del amor y absorben

⁽¹⁾ Psalm. XLIV, 16-17.